



Vómito de letras

Primera edición: 2016

Autor: Daniel Ábrego

Editorial: Pachuk' Cartonera

e-mail.- pachukartonera@gmail.com

Facebook. Pachuk Cartonera Editorial

Pachuk Cartonera



Para la reproducción total o parcial de esta obra se requiere el consentimiento del autor.

Impreso en Pachuca de Soto, Hidalgo, México, 2016

# Vómito de letras

Daniel Ábrego



## AGRADECIMIENTOS GUACAREADOS

Estos cuentos no pudieron haber sido escritos sin las siguientes personas (bueno, si no los pongo aquí seguramente me golpearán):

A mi familia, a mi padre, mis tíos y mis abuelos. Abril Olivares Solís, Renata Robledo, Ale, Ingrid y Alexis.

A Samuel Chan Miles (miles de gracias infinitamente), a Gema por sus textos evangelizadores y eróticos y a Marisa aunque estés al otro lado del mundo.

También quiero agradecer a Richie y los conejos en la ventana, a Led Zeppelin y los Smiths, a las personas que les pareció una basura estos textos y a los que les parecerá una completa falacia.

Para la elaboración de este libro se necesitó café, niñas en bragas, gatos que inhalan cocaína, libros robados de bibliotecas públicas y un poco de amor que terminó en odio.



## PRÓLOGO

*Vómito de Letras* de Daniel Abrego es la peste pura asociada a lo neo-fantástico que alguna vez diagramó Julio Cortázar. Encontramos en los cuentos una serie de elementos macabros (cierta reminiscencia o viento pasajero a la oscuridad de Poe) que no rompen la ilusión de irrealidad o lo fantástico; más bien, el ambiente tiene tal grado de cotidianidad que resulta asequible al lector y guarda tal verosimilitud que letras ingresan como bisturíes en la gaveta del cerebro suavemente. El autor se apoya de situaciones comunes para cualquier persona: relaciones de pareja, familiares, laborales, etc., pero todo ello es para crear la atmósfera y la temperatura para echar mano de algún recurso que rompa con las leyes de la física y la biología humana.

También, nos resulta interesante el tono irónico y sarcástico con que el autor narra las acciones (hasta cierto punto de manera nihilista a lo Salinger), sobre todo, cuando trata la muerte y/o la vida y/o el proceso de escritura.

La muerte como contraposición a una vida en potencia, es decir, no se trata de una simple asociación dicotómica cualquiera, sino que el autor busca contraponerlo a la posibilidad de la creación, ya sea a través de la gestación física y/o la creación de una obra literaria. Decimos y/o no porque nos dé la gana, la razón se encuentra en el entrecruzamiento de las posibilidades que abriga la pulsión tanática como fin simbólico de un estado desesperanzado o deprimido (actitud asociada recurrentemente al hombre postmoderno) que se busca resolver a través del elemento fantástico en clave macabra para desarrollar una serie de conflictos psicológicos que llevamos todos a diario.

Por último, además decir que la animación y humanización de plantas, la imaginación, un libro, letras, una máquina de escribir, etc., es decir, de estos objetos que carecen de voz y movimiento; sin duda, pasan al entretejido de los cuentos como aguja cosiendo la tapa de la sien porque metaforiza ciertos complejos o traumas con los que estamos conviviendo en el día a día. Tal vez ya no sea la gordura o la fealdad una preocupación sancionada negativamente

por la sociedad y los cánones de belleza, sino el crecimiento de un jardín en las entrañas del corazón.

Franco Osorio Paredes  
Lima, 10 de marzo 2016



## ADVERTENCIA:

Estos cuentos te pueden sacar un ojo, léelos con precaución.

Se recomienda leer en el autobús, en el baño, luego de coger, mientras se espera a una persona en un café, en un madriguera llena de conejos rosas y en una pecera con ajolotes.

No se lastimó a ningún gato, conejo o calcetín en el intento de escribir estos cuentos.

Estos textos no están hechos para encender el carbón.



## EL RELOJ QUE NO PODÍA HACER CUCÚ

Fue una maldita trampa. No era un buen regalo; bueno, cuando eres una persona que quiere escapar del tiempo es innecesario que te obsequien un reloj. Apenas comenzaba a decorar mi departamento, un paso de cucarachas y ratones muy barato. Cuando Lola lo supo se encargó de regalarme un reloj suizo con alarma. Al poner la cajita marrón en mis manos noté en su cara la felicidad, unos peces podían nadar en esos hoyuelos, pensé agobiado. Vi el reloj e intenté sonreír para no joderle el momento. Me enseñó a darle cuerda, a escuchar el bonito sonido de alarma y a mover las manecillas. Muchas gracias, está bonito, mentí.

Antes de dormir coloqué la alarma a las seis en punto, la hora para ir al trabajo. Me acosté y caí en un sueño profundo, a la mañana siguiente no hubo ni un sonido. No fui a trabajar pues eran las diez y veinticinco. Esa misma noche puse la alarma. Al día siguiente tampoco hubo nada, al menos esta vez fue temprano. Al salir del trabajo corrí a la biblioteca, me hundí en un

libro de relojes suizos y busqué y busqué: ¿por qué carajo no sonaba? No encontré nada.

Antes de dormir coloqué la alarma para que sonara en quince minutos. Esperé. El reloj comenzó a moverse frenéticamente pero no soltaba ningún ruido. Comenzó a preocuparme. Le puse la alarma para que sonara en cinco minutos. Esperé. De nuevo lo anterior, el reloj comenzó a agitarse violentamente y no hubo ruido alguno.

—Lola, el reloj no suena.

—¿Lo hiciste como te dije?

—Sí.

—Debería funcionar, tráelo.

Lo llevé. Le colocó la alarma en cinco minutos. Nada. Qué extraño, seguro era falso, me dijo un poco angustiada. “No te preocupes, era muy bonito” le dije intentando consolarla. Cuando Lola se fue me acosté, en medio de la madrugada escuché un ruido estruendoso. Como si mil relojes sonaran, un estallido horrible. Busqué el reloj. Ni siquiera se movía, el ruido aumentó. Viene del baño. Al abrir la puerta noté la coladera abierta ¡y varios ratones comiéndose el sonido del reloj! Algunos bailaban mientras

bebían algo. Al verme los ratones regresaron a la coladera y el sonido se escapó por la ventana. No confío en el tiempo.



## LA DESGRACIA

Este día ocurrió una desgracia: la letra *H* se suicidó. La encontraron en su departamento, con un montón de píldoras para dormir y cianuro. Muchas personas no le tomaron importancia. ¿Qué tiene de buena la tonta *H*?, decía la mayoría de la gente. Podremos diferenciar una Ola de un Hola, no somos tan estúpidos, declaró Esteban, un corrector de estilo desempleado. Horas después, la letra *X* acompañó a la *H*. Esta se suicidó en público. ¿Qué pasará conmigo?, balbuceó *Xóchitl*. Creo que este si es un problema grave, comentó el lingüista.

Una hora más tarde, había ocurrido un asesinato: la letra *Ñ* y la *Z* ya no existían. Pero el mundo comenzó a ser un caos cuando la letra *A* decidió darle fin a su vida. Muchos no podían hablar, algunos por desesperación se cortaron la lengua. Solo le pregunté su nombre. Contestó -Mi nombre es n. Mi nombre es n. Mi nombre es n. Me llamo n. Luego se suicidó, lo juro -declaró Gonzalo, presunto asesino de Ana Bardales.

Todo el mundo estaba desesperado, la policía comenzó a hacer investigaciones para descubrir qué mataba a las letras. A las cuatro de la tarde, la biblioteca de Oxford estalló. Los libros explotaron, salieron de los estantes, las páginas se convirtieron en pájaros y volaron lejos. El cielo se llenó de hojas amarillentas y viejas. No sé qué ocurrió, solo sentí como un libro me noqueó, explicó Hugo, el bibliotecario.

El registro social estaba lleno, las bibliotecas seguían enloqueciendo, los libros se suicidaban, las letras fueron llevadas a rehabilitación; pero, ¿qué ocurría? A las nueve de la noche Lautaro Damián fue encarcelado, culpable del suicidio masivo, cuando –según él– en su departamento estaba escribiendo su primer lyvro.

## SEXTUALMENTE

Olivia Remington era muy guapa. Poseía una sonrisa de cuarenta y siete dientes, un cuerpo maravilloso y una piel brillante y envidiable. Estaba casada con Hernán, un escritor que la ignoraba por el ordenador. Se peleaban casi a diario y más cuando éste le gritaba “puta madre, ya ni haces bien las cosas”, “sirve chingadera”, “maldita máquina”, sus insultos la entristecían y su tristeza era el hastío de su marido. El ordenador se descompuso una noche, Hernán comenzó a maldecir y, resignado, se acercó hasta su esposa, colocó una hoja y las letras salieron escurridas. “Algo les pasa a estas cabronas”, dijo, levantando las letras para ponerlas a secar. Se dirigió a la cocina y preparó café, al regresar siguió escuchando los lamentos de su mujer. Colocó otra hoja. El mismo resultado. Del café saltaban delfines de humo, Hernán los asesinó al aspirarlos. Tomó una botella de Vodka y bebió sin servirse en un vaso. “¡¿Qué tienes, mujer?!”, le espetó el hombre a su esposa quien soltaba sollozos de tinta negra sobre la blancu-

ra de las hojas. Ella no contestó. Olivia escupió unas letras. Hernán las recogió y las puso a secar. Se acercó a su mujer, la acarició lentamente y se calmó. Entre tecleos, tinta, bloqueo de mayúsculas, espaciados, gemidos, gritos y orgasmos, las letras salían disparadas, se impregnaban en el papel, en la pared, en la piel de Hernán que mecanografiaba con salvajismo el sexo de Olivia. Las letras seguían volando, la Q se estancó en el ojo del escritor; para cuando el amanecer llegó Hernán ya se había venido en cuarenta cuartillas... El escritor quedó exhausto, con los dedos derretidos de teclear orgasmos en su mujer. La noche pasó, las letras estuvieron más felices que nunca. Al día siguiente, Hernán salió hacia una editorial. Olivia esperó, dos, tres, cuatro décadas, y su esposo, el premio nobel de literatura, nunca volvió a casa.

Si quieres terminar de leer este libro puedes pedirlo por el correo pachukrtonera@gmail.com o por el Facebook Pachuk Cartonera Editorial.